

LA LENGUA APÁTRIDA

NOTAS SOBRE ESCRITURA Y TRADUCCIÓN

ANTONIO SÁEZ DELGADO

ANTONIO SÁEZ DELGADO (CÁCERES, 1970) ES DOCTOR EN FILOLOGÍA HISPÁNICA Y PROFESOR DE LITERATURA ESPAÑOLA Y DE LITERATURAS IBÉRICAS EN LA UNIVERSIDAD DE ÉVORA (PORTUGAL). HA PUBLICADO ENSAYOS DEDICADOS A LAS RELACIONES ENTRE LAS LITERATURAS PORTUGUESA Y ESPAÑOLA DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX (*ÓRFICOS Y ULTRAÍSTAS*, 2000; *ADRIANO DEL VALLE Y FERNANDO PESSOA (APUNTES DE UNA AMISTAD)*, 2002; *CORREDORES DE FONDO*, 2003), LIBROS DE POESÍA (*MIRADORES*, 1997; *RUINAS*, 2001; *DIAS, FUMO*, ED. BILINGÜE, 2003), DIETARIOS (*EN OTRA PATRIA*, 2005; *VIDA ERRANTE*, 2005) Y ANTOLOGÍAS. COMO TRADUCTOR HA VERTIDO AL ESPAÑOL LIBROS DE AUTORES PORTUGUESES MODERNOS Y CONTEMPORÁNEOS, COMO FIALHO DE ALMEIDA, TEIXEIRA DE PASCOAES, PAULO JOSÉ MIRANDA, JOSÉ GIL, MANUEL ANTÓNIO PINA O JOSÉ LUÍS PEIXOTO. ES COLABORADOR DE *BABELIA*.

En un libro que he traducido recientemente, titulado *Um prego no coração*, de Paulo José Miranda, casi al final del volumen, un personaje que encarna a un culto filólogo del siglo XIX dedicado durante mucho tiempo a la traducción, confiesa su sufrimiento por no ser ya capaz de traducir convenientemente ningún texto. No por desconocimiento, ni por falta de voluntad, sino precisamente por todo lo contrario. El personaje, un erudito con vocación frustrada de poeta, no puede evitar enmendar los textos que traduce, rescribirlos quitando aquí y allá palabras y signos de puntuación. Ansía la existencia de una *lengua apátrida* que funcionase como mediadora en medio de su conflicto. Una lengua apátrida, añade, que no significase la ausencia de la lengua madre sino, simplemente, la posibilidad de vivir equilibradamente, bien, lejos de ella. Sería algo así como una separación, la distancia precisa que necesita siempre el traductor para conseguir observar a la debida distancia las palabras. Escribe:

¿No pasa también lo mismo con la poesía, vivir una emoción hasta el punto de olvidarla, no del todo, sino perfectamente? El poema, como la

traducción, es ese olvido que un día fue incluso más que la misma vida. (...) ¿No es el amor una traducción bien hecha? Probablemente, disculpando la hipérbole, tan difícil como un buen poema.

Muchas veces, a la hora de escribir o de traducir, yo también he sentido, sin saber cómo formularla, la experiencia de esa tierra de nadie entre las lenguas, la necesidad de vivir, en el momento de la traducción, en ese olvido que se hará más importante que la propia vida. Tal vez debiera avisar ya, en la primera página, de que para mí escribir y traducir son procesos muy parecidos, una vez que concibo ambas actividades como desdoblamientos de la que realmente me gusta, de la que más placer me proporciona: leer. Escribir y traducir son para mí dos nuevas formas de leer. Escribir significa leer la tradición e intentar enraizar en alguna parte de su suelo fértil, buscar un palmo de tierra habitable donde arraigar un proyecto propio. Traducir es leer los textos al trasluz, conocerlos hasta su estructura más íntima, colocar las páginas delante del sol para ver por dentro de su organismo dónde están los focos auténticos de vida. Ya escribí, casi sin quererlo, la palabra más importante. Vida.

Escribir y traducir, como leer, son maneras de estar vivo. No concibo ninguna de estas actividades fuera del ámbito de la vida (con minúsculas) más doméstica, la menos altisonante.

He dicho que el camino del escritor y el del traductor son similares. Podría matizarlo. El del traductor debería ser paralelo al del escritor, pero sin perder nunca de vista el final del camino. Es decir, mientras el poeta avanza un tanto a ciegas en el curso del poema, el traductor, sabedor del producto final en su lengua de origen, debe ir del principio al fin y del fin al principio cuantas veces sea necesario, andar en paralelo al autor pero sin perder nunca de vista la perspectiva del lector, su primer "cliente". Al final, siempre volvemos a lo mismo. A la lectura.

A pesar de esto, de las diferencias de recorrido entre el escritor y el traductor, en mi experiencia en ambos campos he creído descubrir el punto en el que los dos coinciden de lleno, como una bendición o como una maldición. Al final, ya consumado el camino, tanto el escritor como el traductor descubren que su trabajo es siempre, absolutamente siempre, mejorable. ¿Quién se atrevería a decir que un poema o un cuento o una novela no es mejorable? ¿Quién se atrevería a decirlo de una traducción? Trabajamos, en ambas direcciones, con palabras, que tienen fecha de caducidad. Las palabras son nuestro único material, la única herramienta. Palabras que significan cosas distintas aunque se escriban igual, que se ríen de nosotros y juegan a ser prestigiosas cuando las escribimos en un libro.

Por eso, intento convencerme a diario de que las palabras no existen. Escribo *raya* y no dibujo una raya. La letra *f* no es el principio de ninguna frontera. Por eso, a veces, cuando escribo, me gusta desprestigiar a las palabras, para que sepan que no siempre son ellas las que pueden manejarnos. Pienso en el significado de la palabra *frontera* para mí, y pienso en el significado de la palabra *frontera* para los inmigrantes, los exiliados, los huidos. ¿Puede significar algo esa palabra para quien no

tiene patria, para quien no tiene casa? ¿Sería honesto traducirla de la misma manera? Las palabras, a veces, muerden la mano que les da de comer. Por eso no es bueno que se crean tan importantes. En ocasiones me da vergüenza o miedo o pena utilizarlas. Hay grandes palabras para grandes ocasiones. Y palabras pequeñas para las ocasiones más importantes. Las palabras que casi no suenan, las que se dicen en voz baja para no despertar a esas *otras* palabras.

Como traductor, intento también ser severo con las palabras. Intento actuar, digámoslo así, con sobriedad. También así me gusta escribir. Prefiero, siempre que pueda elegir, la palabra *ropa* a la palabra *vestimenta*.

Marvin Minsky, en la década de 1980, se preguntaba, con otras palabras, lo mismo que el personaje de *Un clavo en el corazón*: ¿deberíamos traducir un poema sin dejarnos influir por la emoción? En el trasfondo de la pregunta subyace una reflexión sobre los traductores informatizados de textos. Fácilmente podríamos pensar que la mente de un hombre no influida por ninguna emoción es la mente de un enfermo. Minsky, refiriéndose a los traductores automáticos, incide en la herida:

No se trata de si las máquinas inteligentes pueden tener emociones, sino de si las máquinas pueden ser inteligentes sin tener esas emociones.

Intentar compatibilizar esta idea con la certeza de que traducir un poema significa, a final de cuentas, escribir otro poema abunda más en el caballo de batalla del traductor, que vive, sin ninguna misericordia, en el terreno de la incertidumbre, de la inseguridad manifiesta. Bastante tiene el traductor con intentar no inventar nada que no aparezca en el texto original, como hacía el personaje, y con no olvidar nada que diga ese mismo original. Vive en el mismo terreno inestable, sin duda, en el que vive el escritor. Por eso ambos trabajos, tantas veces, se dan la mano. No es fácil acostumbrarse a vivir en una sala de espera.